

✓
10353

Soltera, viuda, y casada

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 23—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 67 á 69)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

MADRID

SOLTERA, VIUDA Y CASADA,

COMEDIA EN UN ACTO, Y EN PROSA,

ESCRITA EN FRANCÉS POR *MR. SCRIBE*,

Y ACOMODADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR DON ISIDORO GIL.



MADRID.

Imprenta de Repullés.

1836.

PERSONAS.

Doña Luisa de Fonseca.

Gabriela, *su sobrina.*

El coronel Robledo.

Enrique, *su sobrino.*

Anastasio, *criado de doña Luisa.*

La escena pasa en Bailen.

Esta comedia es propiedad legítima de su editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima.

1881



SOLTERA, VIUDA Y CASADA.

El teatro representa un salon. Puerta al fondo ; ventanas en los ángulos. - Puertas laterales. Al lado de la puerta de la izquierda del actor una mesa con todo lo necesario para escribir.

~~~~~

ESCENA PRIMERA.

---

DOÑA LUISA. *Aparece al levantarse el telon sentada al lado de la mesa con una carta en la mano que acaba de leer.*

Llegar tan de improviso, y avisarme una hora antes! (*Se levanta.*) Qué he de hacer, Dios mio! al menor ruido me parece que oigo el coche... y todavía no he decidido nada: tengo tan poca imaginacion... Si saliendo á su encuentro...? pero y si nos cruzamos en el camino? mas vale esperar, y procurar estar sola en casa cuando llegue... quién viene...? qué quieres, Anastasio?

ESCENA II.

---

DOÑA LUISA. ANASTASIO *por el fondo.*

*Anas.* El señor don Jacinto Salvadera, el es-

cribano, pregunta si puede ver á usted, señora.

*Lui.* Ay Dios mio...! dile que no puedo... que no estoy en casa... estoy indispueta...

*Anas.* Buena ocasion! El médico don Claudio viene con él.

*Lui.* Pues esto es peor aun... Diles que no puedo recibir á nadie... Cielos...! el chasquido de un látigo... (*Mirando por la ventana de la izquierda.*) no me engaño... Anastasio, mi querido Anastasio... despide al momento al médico y al escribano... diles que los recibiré dentro de dos horas... que vengan á comer conmigo, pero que se marchen... por la puerta del jardin, entiendes?

*Anas.* Bien, señora... (Qué es lo que tiene? ella que es tan sosegada...!)

*Lui.* Despues irás corriendo á la puerta del patio, adonde acaba de llegar en este instante una silla de posta, y á la persona que está en ella la harás subir por aqui, por esa escalerita secreta: procura que nadie la vea.

*Anas.* Sí señora... Preguntaré el nombre á ese caballero?

*Lui.* Un caballero! Qué es lo que estás diciendo, Anastasio? (*Indignada.*) Por quién me tienes?

*Anas.* Perdone usted, señora... quise decir esa señorita...

*Lui.* Tampoco es señorita. (*Colérica.*)

*Anas.* (Ni hombre ni muger... qué podrá ser entonces? En fin, sea lo que fuere, voy

despedir á los dos, y dejar entrar... á lo otro.)  
Lui. Vamos... despáchate. (*Vase Anastasio por el fondo.*)

ESCENA III.

DOÑA LUISA.

Dios mio! vea usted ya la malicia de estas gentes... y sin embargo, todavia no hay nada... que será mas tarde? Yo, una muger tan respetada... una soltera... que todo el mundo me mira como un modelo de virtudes... A todo precio es necesario que conserve la opinion que por mi conducta me he granjeado; pero cómo...! cielos...! ya abren la puerta... Ella es... mi sobrina... mi querida Gabriela...! (*Mirando por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA IV.

DOÑA LUISA. GABRIELA. ANASTASIO.

Gab. Querida tia! (*Abrazándola.*)

Anas. (Su sobrina!)

Lui. Anastasio, salte. Ah! no podrás negar que eres hija de mi pobre hermano...! eres su retrato. (*Anastasio se va mirando á Gabriela.*)

Gab. Con que aun me reconoce usted despues de siete años que falto de España...!

*Lui.* Sí, sí... No hay placer igual al de volver á ver su familia despues de muchos años... pero mejor sería que no hubieras venido.

*Gab.* Qué dice usted, tia mia...!

*Lui.* Me he explicado mal... quiero decir que estoy muy contenta de verte y de abrazarte... pero el gozo, la sorpresa... llegar de ese modo sin avisarme...!

*Gab.* Y cómo quria usted que la avisara? Hacía un año que mi padre habia muerto... todos los bienes que me habia dejado en Manila acababan de ser realizados... qué cosa mejor podia yo hacer que volverme á España al lado de usted, mi único pariente? Me embarqué en el primer buque que se hacia á la vela...

*Lui.* Cómo! y tan jóven has emprendido un viaje tan largo?

*Gab.* Toma! la necesidad da ánimos para todo. Llegué hace cuatro dias á Cádiz... y ya me tiene usted aqui, casi tan pronto como mi carta... tantas ganas tenia de volver á verla...!

*Lui.* Te lo agradezco en el alma... pero por eso no es menos cierto que tu presencia me pone en el mayor apuro...

*Gab.* Es posible...!

*Lui.* Sí, hija mia; si tú no me sacas de él, tu regreso me va á hacer perder honor, sosiego, reputacion... en fin, todo lo que me quiero en el mundo.

*Gab.* Pero cómo es eso, Dios mio?

*Lui.* Es un secreto de que tú sola tendrás no



ticia... pero por grande que sea, ya tienes diez y nueve años... puede decirse todo, y aun si he de creer á tus cartas, puedo confiar en tu amistad, y en la bondad de tu corazón.

*Gab.* Pero vamos, hable usted... una vez que yo puedo remediar vuestras penas, ya debía estar hecho, y no hablar mas del asunto.

*Lui.* Dios lo quiera, mi buena Gabriela...!

*Gab.* Qué reparos...! entre solteras... Porque usted lo es como yo: soltera mayor y no mas.

*Lui.* Ojalá!

*Gab.* Qué dice usted...?

*Lui.* Tú no estabas en España hace siete años; ya te habías marchado con tu padre á Filipinas; pero habrás oído hablar de las jaranas que sucedieron entonces...

*Gab.* Ya se ve... la entrada de los franceses, que causó tanto daño á mi padre... Prosiga usted: dice usted que á esa época...

*Lui.* Yo me hallaba cerca de Cádiz cuando los franceses tomaron el Trocadero...

*Gab.* Ay, mi pobre tia...!

*Lui.* No te asustes. El general Saint Ernest mandaba el destacamento que estaba en Ronda, y yo habia conocido á ese caballero en un baile en Madrid... Me protegió, me hizo respetar... y aun me cedió con toda la galanteria francesa una berlina de viaje para regresar á la capital...

*Gab.* Pues no veo yo en eso ninguna gran desgracia!

*Lui.* Aguarda...! De ese modo pasé sin ningun

riesgo por medio de los puestos enemigos hasta la Carolina, ocupada entonces por un escuadron de lanceros... Era la víspera de San Fernando, y yo me hospedé en la mejor posada. El posadero me tuvo por una gran señora francesa; se apresuró á darme una buena cena, el mejor cuarto de su casa, y una excelente cama, en la que no tardé en dormirme profundamente: al cabo de algunas horas, y en medio de la noche, fui despertada por un gran ruido... gritos...

*Gab.* Horrorosos...

*Lui.* No: gritos de alegría... por el sonido de vasos... y por voces que cantaban confusamente... en español. A lo que parece los españoles del general Murillo habian obligado á desalojar á los lanceros, y se habian apoderado de su cena, que estaba prevenida.

*Gab.* Pues aun no es muy grande el mal...

*Lui.* Déjame acabar...! El comedor daba debajo de mi cuarto... yo oía su conversacion... estaban furiosos contra los franceses... y animados por el malvasía y otros vinos que bebían como agua, se escitaban unos á otros á la venganza... cuando el bruto del posadero entró en la habitacion á decirles: "Silencio por Dios, señores; aquí arriba hay una generala francesa que van ustedes á dispartar con ese estrépito." A esta palabra dieron una carcajada general... y en medio del tumulto oí gritar á uno de los convidados: "En eso nadie tiene que ver mas que

yo... represalias, amigos, represalias..."

*Gab.* Ay Dios mio de mi alma...! ya me tiene usted toda temblando!

*Lui.* Y á mí tambien... porque un oficial acababa de entrar en mi cuarto y habia vuelto á cerrar la puerta.

*Gab.* Por qué no gritaba usted: "Yo soy la señorita doña Luisa de Monseca... soy española."

*Lui.* Bien era eso lo que yo queria hacer; pero el miedo se apoderó de mí, y me asaltó un desmayo mortal.

*Gab.* Pues era el momento á propósito...!

*Lui.* Cuando volví en mí, el tambor y las trompetas se oían por todas partes, el cañon con su estruendo hacia temblar las tablas de mi cuarto... apenas era de dia, y la accion habia empezado ya. Estaba sola, y á mis pies, en el suelo, descubrí una cartera abierta que contenia algunos papeles, de los cuales me apoderé; pero una fuerte calentura me tuvo muchos meses entre la vida y la muerte. (*Momento de silencio.*) Y al año siguiente, cuando todo estaba ya pacífico... cuando vine á fijarme aqui en Bailen, en donde nadie me conocia, dije que mi sobrina, mi única parienta, una jóven recién casada...

*Gab.* Yo...!

*Lui.* La misma; doña Gabriela de los Céspedes, me habia confiado antes de marcharse para Manila... un niño que temia llevar consigo por ser la travesía demasiado larga... y que yo he hecho criar á mi lado.

*Gab.* Ay! Dios eterno, qué es lo que usted ha dicho...!

*Lui.* Una mentira que ponía en salvo mi reputación sin comprometer la tuya, porque yo creí que tú no regresarías jamás á España... En Manila qué podía importarte lo que pasaba en Bailen? Pero héte aquí que vuelves sin decirme nada, y te encuentras...

*Gab.* Casada... y madre de familia.

*Lui.* Por algunos días solamente... porque abandonaremos este país; pero aquí no digas la verdad... ó soy perdida.

*Gab.* Pero y por qué? Quién podrá criticar á usted cuando sepa la verdad...?

*Lui.* Y te parece á tí que la creerán nunca...? Estarían tan contentos si me hallaran en la menor falta! Oh! primero morir. Vamos, si tú no accedes á mis súplicas hago un desatino...!

*Gab.* Pero Dios mio...! Yo...! daría mi vida por usted... pero lo que usted me pide...

*Lui.* Pues hay cosa mas sencilla en el mundo...!

*Gab.* Eso es... aceptar así un marido...!

*Lui.* Si ya no existe... eres viuda...!

*Gab.* Vaya, siempre es algo... ese estorbo menos.

*Lui.* El nombre de tu marido era don Plácido Carreras... Es el de un oficial que conocí hace mucho tiempo... y que después ha muerto en Burdeos.

*Gab.* En paz descanse... pero y lo demás...!

*Lui.* Dentro de ocho días te devuelvo tu palabra... y hasta entonces aquí nadie te conoce,

y estarás rodeada de atenciones y de obsequios...

*Gab.* Sí, no lo dudo... pero usted no sabe que cuando vine aquí tenía también mis miras, mis proyectos...

*Lui.* Y cuáles son, vamos?

*Gab.* Ha de saber usted que á bordo del navío en que hemos hecho la travesía... venía un militar jóven... un oficial de marina... que ha tenido conmigo muchas atenciones...

*Lui.* Es posible!

*Gab.* Sí, tia mia... y sin saber si yo era rica ó no, creyéndome huérfana y sin apoyo, me ha ofrecido su mano, su fortuna... y aunque vivó, tronera, y que se alborota facilmente, es muy amable y muy buen mozo... en fin, un partido muy ventajoso... un casamiento que estoy segura que mi padre hubiera aprobado... Pero yo le he respondido que tenía una tia; que iba á Bailen á reunirme con ella, y que la pediría su consentimiento.

*Lui.* Y puedes dudar de él? Lo apruebo todo... Dónde se halla ahora?

*Gab.* Don Enrique?

*Lui.* Ah! Se llama Enrique...

*Gab.* Enrique de Cárdenas.

*Lui.* Y dónde está?

*Gab.* En Sevilla con su familia... Quería acompañarme, pero yo no lo he permitido.

*Lui.* Ya iremos á reunirnos con él dentro de algunos dias... y dare el último á Dios á este

- pais, en donde gracias á ti espero dejar mi reputacion bien sentada.

*Gab.* Tia mia...

*Lui.* Consientes, no es verdad?

*Gab.* A pesar mio... y porque usted lo quiere... pero que esto no dure mucho... y que nos marchemos en seguida... y que no volvamos nunca á este pais.

*Lui.* Todo lo que tú quieras...! Consagraré mi vida entera para agradecértelo. (*Va á irse.*)

*Gab.* Una palabra no mas. (*Deteniéndola.*)

Esa cartera que usted encontró en la Carolina no la daba á usted algunos indicios?

*Lui.* Sí, bastantes... un oficial superior... conozco su nombre y su grado... Pero segun los informes que he adquirido, no me queda ninguna esperanza de que consienta jamas... y cómo obligarle? Figúrate! Un pleito en reparacion, qué escándalo...! es inútil... Vaya, te dejo para dar algunas órdenes.

## ESCENA V.

GABRIELA.

Mi buena y querida tia...! Sí, no vacilo mas: estoy contenta de poder contribuir á salvar su honor, que tambien es el mio... el de mi familia... y quién podrá tildarme por esto?

*Enr.* (*Dentro.*) Sí, bien está... en la sala grande... yo aguardaré todo lo que usted quiera.

*Gab.* Me parece que conozco esta voz!

*Enr.* Ella es... (*Entrando con Anastasio.*)

Déjeme usted. (*Vase Anastasio.*)

*Gab.* Cielos! Es Enrique!

## ESCENA VI.

GABRIELA. ENRIQUE.

*Gab.* Usted aquí...! usted en este pueblo!

*Enr.* Sí, Gabrielita... tres días sin ver á usted era para mí un suplicio... acabo de llegar: he preguntado por esa señora respetable de que usted me había hablado...

*Gab.* Y tiene usted la bondad de decirme con qué derecho se presenta usted en esta casa?

*Enr.* Toma! eso está en el orden, en la política... puesto que la he de pedir la mano de usted.

*Gab.* Sin conocerle á usted...!

*Enr.* Sí, pero para conocerme es necesario que me vea... y cuando la diga: "Hace siete meses que no me he separado de su sobrina de usted, y siete meses á bordo de un navío son siete años en el mundo... Yo soy rico, joven; tengo alguna esperanza de ascender: démela usted por esposa, y sino la hago feliz que en mi vida salga de alférez."

*Gab.* Enrique...! Educado desde la niñez á bordo de un navío... aun hay en el mundo usos que usted no conoce, y los cuales

atropella con su brusca llegada: con que asi, yo no quiero que usted vea á mi tia.

*Enr.* Y por qué? vamos á ver...

*Gab.* Porque no es la costumbre el que uno mismo venga á pedir á una señorita en casamiento: se recurre á un amigo, á un pariente... las familias se entienden.

*Enr.* Y no es mas que eso? ya habia yo pensado en ello: traigo conmigo á mi tio.

*Gab.* Cómo, caballero?

*Enr.* Es decir, está en Utrera, ó por mejor decir en camino, y no es culpa suya sino viene mas aprisa; padece de la gota, y viene en coche de colleras: yo he venido á caballo, como buen ginete.

*Gab.* Es posible?

*Enr.* Ya ve usted, un marino... á decir verdad he llegado reventado; pero al instante que he visto á usted, como por ensalmo desapareció mi cansancio.

*Gab.* Qué, de veras no está usted cansado ya?

*Enr.* No señora; como soy Enrique. (*Con aire de triunfo.*)

*Gab.* Me alegro en el alma, porque asi podrá usted marcharse otra vez.

*Enr.* Pero... ahora sale usted con eso?

*Gab.* Sí señor; para enseñarle á no disponer sin mi permiso... está muy mal hecho, es horrible!

*Enr.* He hecho mal... yo no sé por qué; pero pues que usted lo dice, he hecho mal. Por lo mismo estoy pronto á obedecer; pero mi



tio, un coronel viejo, que padece de gota, y que no está enamorado; mi tio, que por el cariño que me tiene acaba de hacer cuarenta y dos leguas, jurando como Satanás... no puedo exigir que vuelva pies atras sin deses- perarle; y ya ve usted que no es cosa de matarle... y sobre todo, que soy su heredero... no queria oir hablar de matrimonio ni por todo el oro del mundo; y si en llegando aqui recibe un feo... desbaratóse todo, y yo me pego un tiro.

*Gab.* Usted tendrá la culpa, y lo habrá me- recido.

*Enr.* Pero por qué?

*Gab.* Por no escuchar mas que su voluntad, por falta de sumision.

*Enr.* Juro á usted que no me volverá á suce- der otra vez: póngame usted á la prueba, y si en lo sucesivo no obedezco ciegamente á sus menores deseos, consiento en perder to- dos mis derechos, renuncio á su mano, á su amor...

*Gab.* De veras? Pues bien! quiero ver hasta qué punto puede caber en usted la confianza y la sumision. Si usted sale vencedor de esta prueba, no podré dudar en la vida de su ca- riño. Pero si me engaño, si el amor de usted no es mas que un amor vulgar, sujeto á sos- pechas y á preocupaciones; si, en una pala- bra, usted da menos crédito á su corazon que á sus ojos...

*Enr.* Jamas, jamas.

*Gab.* Sí? Bien! Hé aqui mis condiciones. Dentro de algunos dias volveremos á Sevilla; pero hasta entonces, y durante todo el tiempo que ustedes permanezcan en esta casa, aunque vea usted lo que vea, u oiga alguna cosa contra mí, esijo que usted no tenga desconfianza ni zelòs.

*Enr.* Se lo juro á usted.

*Gab.* Que usted sea amable, complaciente, y no abandone su humor festivo.

*Enr.* Lo juro.

*Gab.* Cuando yo le diga á usted: amigo mio, créame usted.

*Enr.* La creeré.

*Gab.* Sin que esté obligada á dar esplicaciones.

*Enr.* Eso es muy justo! yo no necesito entender... mi razon es de usted; se la he dado, como todo lo que poseo.

*Gab.* Don Enrique, usted es un excelente jóven, (*Con interes.*) y yo le quiero á usted mas de lo que piensa.

*Enr.* Será preciso empezar ya á creer á usted? (*Con timidez.*)

*Gab.* Ciertamente; pero silencio! aqui viene mi tia. (*Sonriéndose.*)

## ESCENA VII.

DICHOS. DOÑA LUISA.

*Lui.* Qué veo? quién es este jóven? (*Reparando en Enrique.*)

*Gab.* Don Enrique de Gárdenas, el oficial de marina.

*Lui.* De quien me has hablado hace poco?

*Gab.* Sí, tia mia. Su tío, á quien ha precedido, no tardará en llegar. *(A una seña de Gabriela, Enrique se coloca entre las dos.)*

*Lui.* Pues que tengo la dicha de conocer á una persona que ha guardado tantas atenciones con mi sobrina, me atrevo á ofrecer tanto á usted como á su señor tío esta casa para descansar de su viaje. *(Con amabilidad.)*

*Enr.* Acepto? *(Bajo á Gabriela.)*

*Gab.* Sin duda. *(Bajo á Enrique.)*

*Enr.* (Qué bueno es ser obediente!) Señora, doy á usted mil gracias por su atención.

*Lui.* Pues no faltaba mas: usted que ha tenido tantos miramientos con mi sobrina, que la tranquilizaba cuando tenia miedo... Vaya, déme usted un abrazo.

*Enr.* Acepto? *(Bajo á Gabriela.)*

*Gab.* Pues ya se ve. *(Bajo á Enrique.)*

*Enr.* Pues señor, *(Ap. con alegría.)* la tia es mejor de lo que yo esperaba. *(Abraza á Luisa.)*

*Lui.* Ahora otro á mi sobrina.

*Enr.* (Bravisimo! la tia es deliciosa!) Acepto? *(A Gabriela con timidez; ella no responde, pero le hace una seña con la cabeza que si; Enrique la abraza.)* (Qué bueno es obedecer!) *(Alto.)* Y que yo tenia miedo de presentarme!

*Lui.* Hacia usted muy mal; usted podia estar seguro del placer que nos causaria su vista,

tanto á mí, como á la señora viuda de don Plácido Carreras.

*Enr.* La señora viuda de don Plácido Carreras. Y quién es esa señora?

*Lui.* Mi sobrina... (*Señalando á Gabriela.*)

*Enr.* Cómo! Esta señorita! (*Señalando á Gabriela.*)

*Lui.* Esta señora querrá usted decir.

*Enr.* No señor...! señorita. (*Con viveza.*)

*Lui.* Ah! pues qué, no sabia usted que habia estado casada, que es viuda?

*Enr.* Viuda! Bah, bah! no puedo creerlo: es imposible. (*Atónito.*) Es verdad? (*A Gabriela sonriéndose.*)

*Gab.* Sí señor.

*Enr.* Y qué, señora, darme aqui esa noticia... (*Colérico.*) Pero espíquese usted.

*Gab.* Sino me equivoco, usted no debia pedir-me razones... ni motivos.

*Enr.* Ya se ve que no... asi lo he prometido; pero cómo podia yo preveer...? Si á usted le parece que me quede asi, tan fresco...

*Gab.* Es decir que á la primera prueba, y por la menor cosa...

*Enr.* La menor cosa! Canario! (*Colérico.*) No, no; me callo, no digo nada; (*Reprimiéndose.*) pero yo me pregunto á mí mismo, cómo durante todo el tiempo de nuestro viaje usted no me habia dicho una palabra de ese marido? (*A Luisa.*)

*Lui.* Oh! Sino pensaba nunca en él! (*Con viveza.*)

*Enr.* Enhorabuena! es cosa muy natural: á qué hacer entonces de ello un misterio?

*Lui.* La pobrecita ha sido tan desgraciada con él, que nunca quiere traérsele á la memoria; y despues ha sido casada tan poco tiempo, tan poco, que á decir verdad, no vale la pena de que se hable de ello. (*A media voz llamándole aparte.*)

*Enr.* Vamos, nunca podré acostumbrarme á la idea de que...

*Gab.* (Pobre jóven!)

*Enr.* Y á pesar mio, sufro aqui mil arrebatos de rabia y zelos... (*Pasando á la izquierda de Gabriela.*)

*Gab.* Enrique!

*Enr.* Nada, nada, señorita, quiero decir, señora; no me quejo... estoy muy contentito... de buen humor! pero soy muy desgraciado!

*Gab.* Y por qué, cuando yo le amo á usted?

*Enr.* De veras? usted me ama? Ay! esa palabra me consuela. (*Se deja caer sobre un sitial cerca de la mesa.*) (Pero sin embargo, no es lo mismo, varía de estilo...)

*Gab.* Ay Dios mio! me da compasion... yo no puedo mas. (*Aparte mirándole.*)

*Lui.* Estás en tu juicio? (*Conteniéndola.*)

*Gab.* Pero si me da tanta lástima! Pobrecillo! mire usted que es cosa terrible pasar por lo que uno no es... mi buen Enrique! Oh, me marchó, porque me dan ganas de decírselo todo. (*Vase, mirándole, por la derecha.*)

*Lui.* (Qué susto me ha dado!)

ESCENA VIII.

**LUISA.** ENRIQUE, *que ha pasado algun tiempo con la cabeza apoyada sobre las manos, se levanta y mira por todas partes.*

**Enr.** Calla! ya no está aqui.

**Lui.** No tenga usted cuidado, vuelve al momento. (Vamos, ya está preparado: mas vale decirselo todo.) Creo que ha ido á abrazar á su hijo.

**Enr.** A su hijo... Dios eterno! qué es lo que he oido! (*Levantándose bruscamente.*)

**Lui.** Ay Dios mio! (*Asustada.*)

**Enr.** Tiene un hijo! (*Colérico.*)

**Lui.** Ya se ve: un niño hermosísimo, fruto de su matrimonio.

**Enr.** Fruto de mil demonios: pero qué, será posible? (*Desesperado.*)

**Lui.** Sí señor; y yo no veo que le importe á usted...

**Enr.** Que no me importa! Pues estamos frescos, señora... (Estas doncellas cotorronas son como postes, no se les da nada por nada.)

**Lui.** Voy á traérsele á usted: es rubio como un angel; y luego que usted le vea... (*Muy satisfecha.*)

**Enr.** Yo! jamas. (Esta tia es insoportable.)

**Lui.** Cómo! caballero, usted se niega...

**Enr.** No señora: qué disparate! pero ya ve usted, en este momento... no estoy muy sere-

no: la turbación, la agradable sorpresa.. (Irónicamente.)

Lui. El cansancio del camino...

Enr. Estó les. Y no saber á qué atenerse, ni sobre quién vengarse! (Colérico.) Ah! si por dicha su marido no hubiera muerto... (Amenazando.)

Lui. No sería viuda, y usted no podría casarse con ella.

Enr. Tiene usted razon, señora, tiene usted muchisima razon. Ya ve usted (Irónicamente.) como yo decia bien, que mis ideas no estaban muy claras en este momento.

Lui. Voy á mandar preparar su habitacion y la de su tio. (Vamos, ya salimos del apuro, y con mas éxito del que yo esperaba.) Beso á usted la mano, caballero. (Saluda y vase por la derecha.)

Enr. (Vaya usted con mil... santos.)

## ESCENA IX.

ENRIQUE.

Que no cargára el diablo con la familia, con los abuelos, con los ascendientes, y sobre todo con los descendientes! Y la tia con su aire compungido é hipócrita... "Ha estado casada tan poco tiempo, tan poco, que no merece la pena de..." Voto á... Ha estado lo suficiente...! Doy gracias á Dios que ella no estaba ahí, porque en el primer momento

no sé lo que hubiera dicho! Retiro mi palabra; sí, sería un loco, un insensato... renunciaré á su mano... renunciar! Ah! este sacrificio es superior á mis fuerzas! Yo la amo, la amo tanto! Ella es mi bien, mi vida... No sé por qué estoy aquí rompiéndome la cabeza, irritándome sin razon. Todos los dias en el mundo se ven hombres que se casan con una viuda... que tiene un hijo! (*Hace un gesto.*) y además, que ella es siempre la que yo amo... los mismos ojos, las mismas facciones, la misma... (*Deteniéndose.*) Sin embargo, no es enteramente la misma. Sí; estoy decidido, y sino fuera por lo que va á decir mi tío... Cielos! creo que oigo jurar... es él.

## ESCENA X.

ENRIQUE. ROBLEDO.

*Rob.* Malditas mulas! malditos caleseros! (*Entra por el fondo.*)

*Enr.* Querido tío!

*Rob.* Maldita tierra!

*Enr.* La mejor del mundo... el jardin de la España.

*Rob.* Maldita tierra... no la habia visto desde el dia en que á la cabeza de mi regimiento atravesé por aquí para salir al encuentro de los franceses en el puente de Córdoba, el año doce... Qué buena gente! qué hombres!



los vencedores de Bailen nos llamaban en aquel tiempo.

*Enr.* Y ahora piensa usted en eso?

*Rob.* Sí, voto á brios! entonces valia la pena exponerse á los tiros y á las bayonetas de los soldados de Napoleon: todos valientes. Sin embargo, aquellos bravos tuvieron que tocar retirada ante nuestras banderas, porque el español, cuando quieren tiranizarle, tambien sabe chamuscarse los bigotes al fuego de las filas. Dígalo yo, que he gastado en tal oficio mi juventud y mi vida; y para qué? (*Se sienta al lado de la mesa.*)

*Enr.* Para adquirir gloria.

*Rob.* Di para adquirir reumatismos y achaques. Eso es lo que nos queda á nosotros, pobres viejos. Si yo fuera ministro de la guerra mandaria pasar por las armas á todos los inválidos... ya han servido. A mí ya no me gusta mas humo que el de mi cigarro: el brasero, el tresillo, ahí está para todo lo que sirvo, y todo lo que hago. Sí, hijo mio, desde que estoy retirado, y que ya no peleo, pienso algunas veces entre mí mismo, y digo: "Si mi sobrino no hiciera la tontería de casarse, se quedaria conmigo, pasariamos la vida juntos, y seriamos dos á discurrir... y á comer mi caudal."

*Enr.* Pues bien, tio mio; seremos tres: mi mujer no hace mas que aumentar la tertulia.

*Rob.* Déjame en paz. Siempre es un estorbo, (*Levantándose.*) un embeleco; no poder

¡jurar ni fumar delante de ella. Y yo que no entiendo mucho de galantería! ya sabes que nunca me cogió el diablo por ahí; y si á los postres se me ocurre contar algún cuentecillo de aquellos que pican, será preciso hacerme un nudo en la lengua, porque tendré delante de mí una jovencita ruborosa que al escucharme se pondrá encarnada como una cereza.

*Enr.* Pero tío mio, si justamente se equivoca usted de medio á medio.

*Rob.* Qué es lo que dices?

*Enr.* Que se va usted á quedar encantado... es una viuda!

*Rob.* Una viuda! y desde cuándo?

*Enr.* Hace un cuarto de hora... quiero decir que hace un cuarto de hora que lo he sabido: es una sorpresa que le guardaba á usted.

*Rob.* Pues me gustan tus sorpresas! Voto á brios! La idea es nueva; casarse á la primavera de su vida con una viuda, que todos los dias hará comparaciones entre su primer marido y tú.

*Enr.* Y qué me importa, si son en mi favor? Además, hay para usted una... ventaja; (*A-purado.*) usted que el otro dia estaba enseñando á hacer el ejercicio al chico del jardín... porque yo sé que á usted le gustan los chicos... Pues bien; no tendrá el disgusto de esperar mucho tiempo.

*Rob.* Hombre! qué demonios dices?

*Enr.* Tiene un niño de su primer matri-

monio , que segun dicen es hermosisimo.

*Rob.* Vete al infierno. Un siglo humano tenemos ahora... una muger de cincuenta años...

*Enr.* Nada de eso, tio mio.

*Rob.* En fin, siempre es una madre de familia esa jóven doncella que tú me pintabas tan pura, tan cándida.

*Enr.* No importa: es tan graciosa, tan inocente, y luego me quiere tanto!

*Rob.* Déjame en paz; no estás viendo que te toman por su juguete, que se burlan de tí?

*Enr.* Qué dice usted?

*Rob.* La verdad; y te lo probaré, porque ya estoy yo aqui, y vamos á ver.

*Enr.* Dios mio! Qué quiere usted hacer? mostrarlas la menor desconfianza! Ay! no, por todas las guardias walonas de su regimiento: mas quiero ser engañado; lo deseó; lo pido: esa es mi dicha.

*Rob.* Pues señor, á tu gusto: sé dichoso, y haz como te dé la gana; yo no me mezclo en nada. Silencio. Aqui vienen esas señoras.

## ESCENA XI.

ENRIQUE. ROBLEDO. DOÑA LUISA. GABRIELA.

*Lui.* Acabo de saber la llegada de usted en este momento, caballero, y sin perder un instante mi sobrina y yo nos apresuramos... (*A Robledo con amabilidad.*)

*Enr.* Esa es, tío mio: mirela usted qué linda es. (*Bajo á su tío.*)

*Rob.* (Voto á mil diablos... á la verdad, es necesario tener un olfato muy fino para...)

*Gab.* No tiene trazas de estar muy furioso: (*Ap. por Enrique.*) ahora le quiero mas que nunca.

*Rob.* Dispense usted, señora, si he faltado á la politica dilatando el ir á ofrecerla mis obsequios; pero encontré aqui á mi sobrino, que me puso de muy mal humor. (*Pasa á su lado.*)

*Lui.* Señor don Enrique, esto está muy mal hecho: estoy segura que no tenia razon, pues nos ha retardado el gusto de ver á usted.

*Rob.* Señora... (*Inclinándose.*)

*Enr.* No es verdad que es muy amable? (*Ap. á Robledo.*)

*Rob.* Déjame en paz. (*Id.*)

*Enr.* Y qué dice usted de la sobrina? (*Id.*)

*Rob.* La sobrina... es muy posible que lo sea... (*Ap. á él.*) pero no me gusta... huúm! me dan á mí muy mala espina esas fisonomias.

*Enr.* (Qué original es el tío!)

(*Durante estos apartes, doña Luisa ha dado algunas órdenes á Anastasio, que sale, y se dirige á Robledo asi que el criado se va.*)

*Lui.* Creo que á estos señores no les hará mal el almorzar, y acabó de dar orden para ello.

*Rob.* Señora... (*Inclinándose.*)

*Lui.* Por lo demas, como ustedes gusten! libertad plena! Mi sobrina acaba de mandar dis-

poner vuestra habitacion: la mas alegre de la casa, que da al jardin, con unas vistas deliciosas.

*Rob.* Mil gracias. (*Un poco mas contento.*)

*Lui.* Mas tarde hablaremos de los asuntos de familia; porque eso nos toca á nosotros los mayores de edad.

*Rob.* Cuando usted guste, señora; á pesar de que tengo muchas objeciones que hacer.

*Lui.* Tanto mejor: asi será la conferencia mas larga; pero lo que importa primero es que usted descanse. Me han dicho que usted está algo delicado, y aqui el aire es excelente: jamas he tenido un dolor de cabeza.

*Rob.* De veras?

*Lui.* Tenemos sobre todo un vino de Jerez seco, un vino añejo, que es excelente para la gota.

*Rob.* Ah! esto es ya tentar mi sensibilidad. (*Ap. á Enrique.*) No me incomodaría que tuviera usted la bondad de hacer subir una botella á mi cuarto, por si...

*Gab.* Ya he hecho yo subir dos. (*Colocándose á su lado.*)

*Enr.* Mire usted qué atencion! Déla usted las gracias. (*Ap. á su tio.*)

*Rob.* Dices bien. Señorita... ó por mejor decir señora, porque he sabido (*A Gabriela.*) por mi sobrino que habia usted estado casada con el señor...

*Lui.* Don Plácido Carreras... un oficial jóven...

*Rob.* Don Plácido Carreras!

*Gab.* Sí señor. (*Después de una seña de su tia.*)

*Lui.* Un amigo de nuestra familia.

*Rob.* Capitan en los dragones de la reina?

*Gab.* Sí señor.

*Lui.* Y que desgraciadamente ha muerto emigrado en Francia. (*Tomando un tono sentimental.*)

*Rob.* El mismo... porque hace cinco años no se han tenido noticias suyas. Vaya, vaya, tranquilicense ustedes; enjugue usted sus lágrimas; Carreras no ha muerto.

*Enr.* Cómo! no ha muerto!

*Gab.* Lo oye usted, tia mia? no ha muerto. (*Gabriela se encamina hacia el fondo.*)

*Lui.* Ay! Dios mio! Eso no es posible! (*A Robledo.*)

*Rob.* No hay cosa mas cierta: (*Meneando la cabeza con malicia.*) no ha muerto, testigo esta carta suya que he recibido hace tres dias: léala usted, léala usted. (*Presentándola á doña Luisa, y enseñando el sobre.*) "Al coronel retirado don Vicente Robledo."

*Lui.* Robledo!!! Ah! (*Dando un grito cae en los brazos de su sobrina, que se habia aproximado para sostenerla; y que la coloca en un sillón á la derecha.*)

*Rob.* Qué es esto? Qué significa esto? Oh! Ya veo lo que es: traicion! perfidia! Anda, anda, fíate ahora.

*Enr.* Por Dios! Calle usted, tio mio! Pero qué quiere decir esto? (*Sin saber qué hacer paseándose toca la campanilla.*)

**Rob.** Nada... un marido que viene del otro mundo, y que no se le esperaba.

**Gab.** Pobre tia mia! Somos perdidas! Caballeros, perdonen ustedes, me es imposible abandonarla. (*Anastasio aparece, y con Gabriela se llévan a Luisa, que sale apoyada en los dos.*)

## ESCENA XII.

**ROBLEDO. ENRIQUE.**

(*Al fin de la escena Robledo se habrá sentado a la derecha: Enrique al lado de la mesa.*)

**Enr.** Estoy confundido, atónito: qué se rie usted? (*Viendo que su tio se rie a carcajadas.*)

**Rob.** Si, voto á mil bombas! parece que los guardias walonas aun son buenos para alguna cosa: porque gracias á un viejo inválido, ahí tienes la boda deshecha, y al pretendiente en completa derrota.

**Enr.** Pero de veras...! don Plácido Carreras vive todavía?

**Rob.** Por dicha para nosotros, y para él; porque era un valiente militar, un buen oficial.

**Enr.** Y es marido de Gabriela? Mejor con mil diablos! nos veremos. (*Se levanta.*)

**Rob.** Cá! disparate... si no hay nada de eso. Pues ahí esta lo mejor: (*Riéndose siempre.*)

Carreras nunca ha estado casado. (*Levantándose.*)

**Enr.** Qué es lo que usted dice?

*Rob.* Es como yo; detesta el matrimonio: yo siempre le he conocido soltero, y en el dia lo es.

*Enr.* Vamos, no comprendo una sola palabra de lo que quiere decir esto.

*Rob.* Que aqui te tenian por un tonto; que esa doncella, casada ó viuda, como quieras llamarla, jamas ha tenido marido, pero en cambio tiene un heredero.

*Enr.* Tio mio!

*Rob.* Y tú ibas á cargar con todo eso. Anda, barbilindo! No le hubieran pegado ese chasco á un viejo marrullero como yo. (*A media voz.*) Tú, un oficial de marina del dia, es diferente! no adivinas que para reparar las brechas abiertas en el honor de la familia se habia fingido una viudez... un casamiento con un hombre que creian haberse puesto en camino para el valle de Josafá. Pero cuando han sabido que vive aun, que su intriga iba á descubrirse, ya has visto su turbacion: la tia se ha puesto mala, y era lo mejor que podia hacer, es una muger de talento; y la sobrina...!

*Enr.* La sobrina habra osado engañarme hasta ese punto...! Es para volverse loco!

*Rob.* Pues aun lo dudas...! Vamos, muchacho, toquemos á retirada, y con la música á casa... mira, lo único que siento es el vinillo de Jerez; pero ya le encontraremos esta tarde en el camino que será tan bueno ó mejor que ese.



*Enr.* Qué! partir al instante! Quiero al menos verla... darla el último y eterno á Dios.

*Rob.* Nada. Cuando se trata de retirada, el partido mas pronto es el mejor. Si hubieramos hecho asi en Ocaña...

*Enr.* Y me quedaré sin vengarme...! No, quiero llenarla de quejas... usted no puede quitarme ese gusto: es el único que me queda. Dos palabras... mientras usted manda preparar las mulas y enganchar: no pido mas. En seguida partó con usted, no me separo de sulado, y le juro no casarme en la vida.

*Rob.* De veras? Daca esa mano; (*Dándosela.*) está seguro que es el mejor medio de ganar el reino de los cielos.

### ESCENA XIII.

ENRIQUE. *Poco despues* GABRIELA.

*Enr.* Gracias á Dios que me deja solo y libre para desahogar mi cólera! La pérfida...! mas tarde conocerá el corazon que tan indignamente ha ofendido, conocerá... Ah! pero héla aqui. Quiero moderarme para gozar de su confusion, y hacerla morir de vergüenza.

*Gab.* (Dios mio! qué es lo que acabo de saber? Pobre tia mia! Si yo pudiera con maña... pero cómo?) Cielos, Enrique!

*Enr.* De dónde provienen, señora, la turbacion y la inquietud en que veo á usted?

*Gab.* La inquietud? Sí, tiene usted razon; no me falta... y mucha! Busco un medio...

*Enr.* De engañarme aun.

*Gab.* A usted! No señor. (*Levantando la cabeza.*)

*Enr.* Y hace usted bien: puede usted dispensarse de ese cuidado, porque todo lo sé! don Plácido Carreras no es su marido de usted. (*Conteniéndose.*)

*Gab.* Verdad es. (*Con frialdad.*)

*Enr.* Usted jamas ha sido casada!

*Gab.* Verdad es.

*Enr.* Y sin embargo, usted me lo habia dicho!

*Gab.* Verdad es!

*Enr.* Con que confiesa usted que está confundida... que es culpable!

*Gab.* No señor... yo no soy la culpable... es usted! (*Con despecho, y conteniendo sus lágrimas.*)

*Enr.* Yo...! pues no faltaba mas, sino que ahora me hagan...

*Gab.* Usted, que falta ya á sus promesas, y olvida lo que habia jurado aqui mismo... "Aunque vea lo que vea, aunque oiga lo que oiga, decia usted, no tendré desconfianza ni celos."

*Enr.* Convengo; pero en una ocasion como esta...

*Gab.* "Haga usted la prueba, y sino obedezco ciegame, si la contradigo un solo instante..."

*Enr.* Con que entonces es necesario cerrar los ojos á la verdad:..

*Gab.* Y quién le ha dicho á usted que eso sea la verdad?

*Enr.* Cielos! Sería posible...

*Gab.* Sino me fuera permitido el hacérsela saber á usted, si me viera obligada á guardar silencio, si pareciese culpable sin serlo...

*Enr.* Ah! hable usted, hable usted, por piedad.

*Gab.* No señor, no: no diré nada mas.

*Enr.* Luego usted quiere desesperarme?

*Gab.* Yo! nunca; y por compasion, por el estado en que veo á usted, consiento en una prueba, la sola que en este momento puedo dar á usted... y aun no debiera hacerlo; usted no lo merece.

*Enr.* Acabe usted... se lo pido de rodillas.

*Gab.* Pues bien! Caballero, míreme usted, y escuche. — (*Con mucha ternura.*) Enrique, no soy culpable, y amo á usted. Me cree usted?

*Enr.* Yo...! (*Turbado y dudando.*)

*Gab.* Piénselo usted bien; este momento va á decidir de mi suerte y de la suya. Si mi voz no ha llegado hasta su corazon, si esta palabra no le basta á usted, si necesita otras pruebas, abandóneme usted; yo no le querré mal por no haber sabido adivinar ni comprenderme. Solamente compadeceré á usted por haber perdido por su culpa, y por falta de confianza, un corazon que podia haberse granjeado para siempre. Ahora decida usted; porque le repito que para mi justificacion no puedo en este momento decir á usted mas

que esta palabra. — Enrique, yo le amo á usted. (*Con mucha ternura.*)

*Enr.* Ah! la creo á usted... la obedezco; no la pregunto nada; ya no es á mí á quien es preciso convencer, sino á mi tío.

*Gab.* Voy á poner los medios: quiero verle, únicamente porque necesito sobre todo hablar con él.

*Enr.* Para convencerle?

*Gab.* Sí; y despues por otras razones...

*Enr.* Pues bien, aqui le tiene usted, que viene á buscarme para llevarme consigo... Por Dios, no nos deje usted marchar.

*Gab.* Pierda usted cuidado; espero que él se quedará, y usted tambien. (*Va á sentarse delante de la mesa.*)

## ESCENA XIV.

DICHOS. ROLEDO.

*Rob.* Vamos, todo está corriente: despáchate, y embarquémonos en mi coche de colleras: qué siete mulas!

*Enr.* Todavía no, querido tío.

*Rob.* Cómo! todavía no...! Pues que no la has hablado?

*Enr.* Sí, tío mió: ahí está.

*Rob.* Vamos, y qué? es capaz de haberse atrevido á negar... (*A media voz.*)

*Enr.* Al contrario... Ha convenido en todo. (*Id.*)

Rob. Ya lo ves...

Enr. Y sin embargo, asegura que no es culpable.

Rob. Pues lo seré yo: es posible?

Enr. Me ha dado tan buenas razones... razones que no puedo decir á usted, y que usted no podría entender, pero que á mí me parecen tan claras como la luz.

Rob. De suerte que tú siempre estás en tu trece, y quieres desposorio...

Enr. Sí, tío mio.

Rob. Voto á todas las bombas que cayeron en Zaragoza! Sí...

Enr. Por el amor de Dios, tío.

Rob. Me contengo. Pero yo quiero hablar con ella.

Enr. Eso es lo que ella también desea; y usted verá cómo es usted de mi misma opinión, ó por mejor decir, de la suya. (*Pasando á la derecha de su tío.*)

Rob. Sí, sí, bien está. Vete... (*Vase Enrique.*)

Bobalicon semejante, que al primer encuentro se deja atrapar. Pero un veterano... es otra cosa, y... vamos á ver...

## ESCENA XV.

BLEDO. GABRIELA, que durante toda la escena anterior habrá fingido escribir sentada á la mesa.

Rob. Señorita...! (*En tono brusco.*)

*Gab.* Perdóne usted, caballero; soy con usted. (*Siempre escribiendo.*)

*Rob.* Eso es diferente. (*Pausa.*) Señorita, puede usted escucharme ya?

*Gab.* Sí señor. (*Sentada.*)

*Rob.* Mi sobrino está enamorado; loco, de usted; y usted le ha seducido y fascinado... hasta tal punto, que aun ahora está presuadido de que...

*Gab.* Acabad. (*Viendo que vacila.*)

*Rob.* De que... de que usted no tiene nada que reprenderse á sí misma.

*Gab.* Tiene razon; y le doy mil gracias por una estimacion que le granjea la mia para siempre.

*Rob.* Todo lo que usted quiera; pero despues de lo que nosotros sabemos...

*Gab.* Vamos, no hay otro medio. (*Ap. levantándose.*) Y usted, caballero, no cree que una persona pueda ser desgraciada y no culpable? Y si yo fuera victima de una fatalidad independiente de mí, de mi corazon, de mi voluntad... responda usted, caballero, responda usted, es á mí á quien se debiera acusar?

*Rob.* Qué significa todo esto? Acabe usted.

*Gab.* Si yo dijese á usted que mi posicion es tal que aun en este momento no puedo delatarle de usted justificarme de viva voz, y solo he osado escribirlo... (*Tomando el papel que está sobre la mesa.*) Tenga usted: eché una ojeada sobre ese papel, que creo pod

confiar sin temor á su probidad y á su honor.

*Rob.* Qué diablos puede ser esto? (*Tomando el papel con indiferencia.*) Oh cielos...! La víspera de San Fernando en la Carolina, (*Recorriendo con agitacion.*) aquella cena de oficiales... (Ah! siento por todo mi cuerpo un sudor frio...! (*Acabando de leer.*) Dios mio! lo que hace tanto tiempo me quitaba el sueño! será posible? Era ella!)

(*Gabriela durante este aparte levanta los ojos de tiempo en tiempo observando á Robledo, y le mira sonriéndose.*)

*Gab.* Qué turbado está. Ah! tengo esperanzas...

*Rob.* Señorita, yo estimo á usted, la venero, y la prueba es el que no me atrevo á mirarla. (*Acercándose á ella con los ojos bajos, y casi de espaldas.*)

*Gab.* (Pobre tia mia... Vamos, ánimo.)

*Rob.* Aquí ecsiste un culpable, (*Mostrando el papel.*) pero no es usted; y cuando pienso que un soldado español, un oficial de la independencia, ha deshonrado hasta ese punto sus charreteras... Ah! no me lo perdonaré nunca!

*Gab.* Señor!

*Rob.* Calle usted, calle usted, no me descubra usted... usted sabe que soy yo! pero todo lo que tengo, todo lo que yo poseo, mi fortuna, mi mano, mi ecsistencia entera, la emplearé en reparar mi crimen.

*Gab.* Qué oigo! usted, caballero, que por su carácter detesta semejantes lazos...?

**Rob.** Es decir que usted consiente... que puedo en fin levantar los ojos hacia usted.. Cuando considero tantas gracias, tanta belleza, debo tenerme por muy dichoso en esperar así mis culpas.

**Gab.** (Ay Dios mío! Cuando sepa que es mi tía...!)

**Rob.** No la merecía: merecía ser castigado. Voy á escribir á su tía de usted... Sí, señorita, voy (*Va á la mesa.*) á confesarla todas mis culpas, á decirle que en un caso semejante un noble caballero no puede vacilar... que no tiene mas que un solo partido que tomar.

**Gab.** Eso es: bien está. (*Acercándose á él.*)

**Rob.** No es verdad? Hace largo tiempo que tenia aqui sobre la conciencia como una bala de á treinta y seis, y ahora... Vea usted, está así bien? (*Escribiendo siempre.*)

**Gab.** Sí, señor coronel; ni una sola palabra mas; acabe usted pidiéndola una entrevista.

**Rob.** Todo lo que usted quiera; pero aun queda otro capítulo, del cual no me he atrevido á hablar á usted, y solamente el pensar en ello me hace temblar de pies á cabeza. Ese hijo de que usted habla es el mío? (*Enseñando el papel.*)

**Gab.** Sin duda. (*Robledo le entrega la carta.*)

**Rob.** Con que tengo un hijo! Ah! yo quiero verle, abrazarle: me lo permite usted? (*Levantándose.*)

**Gab.** Con mucho gusto.



*Rob.* Ah! soy el hombre mas feliz del mundo, y usted es un angel. (*Besándola la mano.*)

(**ESCENA XVI.**)

DICHOS. ENRIQUE.

*Enr.* Bravo! bravísimo! Qué le decia yo á usted? Me cree usted ahora? Es un angel.

*Rob.* Si señor; y sino fuera por mi gota, ya me hubiera postrado á sus pies.

*Enr.* Luego ya no encontrará usted extraordinario el que se quiera uno casar con ella?

*Rob.* No, ciertamente; y la prueba es que yo la ofrezco mi mano.

*Enr.* Hola! Usted, tio mio, está tocado... Pero usted que se burlaba de mí (*A Robledo.*) hace poco, porque usted sabe que no es viuda...

*Rob.* A Dios gracias.

*Enr.* Que no está casada...

*Rob.* Eso es lo que yo deseo.

*Enr.* Y que, en fin, tiene un...

*Rob.* Razon en favor: estoy muy contento, y es justamente por eso...

*Enr.* (Ha perdido el juicio: yo queria que le convenciese, pero la dosis es demasiado fuerte.)

(*Durante este aparte Gabriela hace una seña á Anastasio, que sale.*)

*Gab.* Anastasio, esta carta á mi tia, y conduzca

usted á este caballero al gabinete del emparrado.

*Rob.* Está allí el... Voy volando á abrazarle. Ah! su nombre? (*Volviendo.*)

*Gab.* (Ay Dios mio! Yo no lo sé!) Él mismo se lo dirá á usted.

*Rob.* Bien está: es verdad. Silencio, (*Por Enrique.*) sobre todo con él. Vuelvo por usted dentro de un momento, é iremos juntos á pedir á su tia de usted su consentimiento, supuesto que usted me concede el suyo. (*Vase.*)

## ESCENA XVII.

GABRIELA. ENRIQUE. *Los dos se miran un momento sin hablar.*

*Enr.* Qué oigo! vuestro consentimiento! Pero señor, á cada instante me embrollo mas. Dónde estoy, Dios mio!

*Gab.* Y á qué vienen ahora esas exclamaciones?

*Enr.* Tiene usted razon: (*Mirándola con sorpresa.*) á nada. Con que consiente usted en ser mi tia?

*Gab.* Bueno; y eso qué importa?

*Enr.* Una friolera. Ah! Eso se verá.

*Gob.* Ya ve usted que yo soy constante: no quiero salir de la familia.

*Enr.* Esto ya es demasiado; y usted me explicará, usted me dirá al menos...

*Gab.* "Aunque oiga lo que oiga, aunque vea

lo que vea, (*Con gravedad.*) no tendré desconfianza ni celos."

*Enr.* Pero señora...

*Gab.* "No exigiré los motivos ni las razones..." Ya es esta la segunda vez que me veo obligada á recordarle á usted nuestro tratado, y creo que es imposible tener menos memoria.

*Enr.* Es que no hay ejemplo de una situación semejante; porque en fin, yo conozco á mi tío: él no se anda con chanzas, y si se casa con usted será de veras.

*Gab.* Y qué?

*Enr.* Y qué? Señora, usted me hace perder la paciencia: esta mañana estaba tan atenta conmigo, tan indulgente... parecía compadecer mis tormentos, y ahora tiene usted trazas de burlarse de mí.

*Gab.* Porque ahora estoy contenta. Si señor, estoy contenta de usted, y si usted continúa siendo discreto y obediente, sino vuelve á poner tan mala cara como en este momento, tengo idea de que muy pronto podré premiarle, y que si el cielo ayuda mis proyectos, esta noche estará usted casado.

*Enr.* Será posible! Y mi tío?

*Gab.* Vuestro tío también.

*Enr.* Pero se ha propuesto usted de que yo sea su juguete?

*Gab.* No señor; pero déjeme usted.

*Enr.* Y por qué?

*Gab.* Porque tengo que hablar con su tío.

*Enr.* Otra vez!

*Gab.* Ahí tiene usted su cuarto.

*Enr.* Ya me voy, señora, ya me voy. (*Volviendo.*) Pero usted me promete al menos...

*Gab.* Yo no le prometo á usted nada, señor mío; márchese usted.

*Enr.* Ya me voy, señora: lo ve usted? ya me voy. (*Volviendo otra vez.*) Pero mire usted que no aguardo mucho.

*Gab.* Dale! (*Vase Enrique por la puerta de la izquierda.*) Pobrecillo! Qué buen marido tendré con él! Pero á todo esto, ahora me queda lo mas difícil. Ea, ánimo.

### ESCENA XVIII.

ROBLEDO. GABRIELA.

*Gab.* Vamos, y en fin... (*A Robledo.*)

*Rob.* Le he visto! le he visto! le he abrazado! Ah!, no podia figurarme el placer que me causa un momento como este! Por fortuna no habia nadie, estábamos solos; pero he llorado como una muger, como un recluta.

*Gab.* De veras?

*Rob.* Y él no ha tenido miedo de mí ni de mi bigotes; al contrario, ha jugado con ellos es mi sangre, es la sangre de los Robledos. Sabe usted que se me parece ya mucho? Venga usted... venga usted á ver á su tia.

*Gab.* Es inútil! Despues de la carta de usted y de la entrevista que la pedia, no pued

tardar en venir aquí... y yo quiero aprovecharme de su ausencia; hablar á usted con franqueza.

*Rob.* Eso es muy justo: al tiempo de casarse es preciso hablarse claro.

*Gab.* Pues bien, coronel, debo participar á usted que don Enrique, su sobrino, me ama apasionadamente.

*Rob.* Ya lo sé: es una desgracia...

*Gab.* Pero lo que usted no sabe quizás es que yo tambien le amo, y que nunca podré olvidarle, ni amar á usted como deberia.

*Rob.* De veras! doy á usted mil gracias por la franqueza; pero qué quiere usted? es una desgracia...

*Gab.* Este casamiento va á privar á usted por consiguiente de un sobrino á quien quiere usted mucho, que usted ha educado, y al que mira tambien como á hijo suyo. Será preciso separarle de su lado, ó si permanece con usted, vivir en una continua desconfianza, temerle sin cesar, estar zeloso, por último, de las dos personas que usted mas quiera.

*Rob.* Verdad es! Verdad es! Però aun cuando usted tenga razon en todo eso, es preciso indispensablemente reparar mi crimen, y dar un nombre á mi hijo.

*Gab.* No hablo á usted de la diferencia de nuestra edad, de nuestros gustos: esos bailes, esas tertulias, esas diversiones que son mi dicha, sería eso lo que le convendria á usted?

Sin duda que no; la perspectiva de ese cuadro no debe ser para usted muy halagüena. Quiere usted oirme? Lo que á usted le convendria era una muger de treinta años, fresca aun, dulce, amable y buena: una muger que sin pensar en devaneos, participara de los mismos gustos: que lejos de pensar en seguir las modas, y de pasar las tardes al tocador, soñando en el baile, arrimada con usted al hogar, escuchara con gusto y atencion la relacion de sus victorias, de sus campañas, y supiera con cariño hacer honor á las cicatrices de un antiguo y valiente militar: no es esto?

*Rob.* Eh! ciertamente que eso valdria mucho mas; pero cuando no puede ser asi, cuando es indispensable... (*Algo enfadado.*)

*Gab.* Y si no lo fuera!

*Rob.* Qué dice usted?

*Gab.* Si usted no tuviera que reparar ninguna falta conmigo...

*Rob.* Eso no puede ser.

*Gab.* Y sin embargo, es la verdad. Y si en la turbacion en que le ha puesto este acontecimiento hubiera usted tenido tiempo de reflexionar, se hubiera dicho á sí mismo que yo tengo diez y nueve años, y que su hijo tiene seis.

*Rob.* Es cierto. Y entonces quién, quién es?

*Gab.* La persona á quien usted acaba de escribir para implorar el perdon de su desvario.

*Rob.* Su tia de usted!

*Gab.* La madre de vuestro hijo, la que le ha prodigado todos sus esmeros, la desgraciada á quien usted restituye el honor, y que en pago honrará su vejez. Sí, hé aqui la amiga, la compañera que á usted le conviene: esa no le abandonará nunca, embellecerá sus últimos dias, y le ayudará á educar y á querer á su hijo.

*Rob.* Mi hijo! (*Enternecido.*)

*Gab.* Todos nosotros le amaremos: usted ya no tendrá zelos de su sobrino, nos quedaremos con ustedes; en su casa viviremos reunidos. Su hijo de usted se casara con mi hija... porque yo tendré una hija.

*Rob.* Cree usted...

*Gab.* Sí señor; es de esperar: y usted no querrá descomponer todos esôs casamientos.

*Rob.* No, no, ciertamente. (*Enjugándose los ojos.*)

*Gab.* Con que puedo llamar á usted tio mio?

*Rob.* Sin duda.

*Gab.* Y puedo abrazar á usted?

*Rob.* Ya debería estar hecho.

*Gab.* Ah! Con toda mi alma. (*Arrojándose en sus brazos.*)

## ESCENA XIX

DICHOS. ENRIQUE.

*Enr.* Qué es lo que veo! usted en sus brazos!

*Gab.* Sí señor.

*Enr.* Y es usted la que le abraza?

*Gab.* Ciertamente.

*Enr.* Esto ya pasa de raya: todo lo he soportado, me he resignado á todo lo que usted me ha prescrito, por absurdo que haya sido; pero la sumision tiene sus límites: renuncio á ella, me insurrecciono.

*Gab.* Vea usted qué desgraciado! naufragar á vista del puerto! (*Con compasion.*) Tenga usted paciencia.

*Enr.* Demasiada he tenido ya, á menos que usted no quiera que sufra delante de mis ojos...

*Rob.* Pero hombre, qué diablos tienes ahora? De qué te enfadas? De que yo abrazo á tu muger?

*Enr.* Si.

*Rob.* Pues bien! desquitate! abraza tú á la mia. (*Señalando á doña Luisa, que entra por la puerta de la derecha con la carta en la mano.*)

*Lui.* Cielos! (*Robledo corre á ella.*)

*Enr.* Su muger! Será cierto? Y usted es, señorita...?

*Rob.* Lo duda usted aun?

*Enr.* Oh! no. (*Se postra á los pies de Gabriela; la besa la mano! Robledo, que lo ve, va á hacer otro tanto, y se echa con trabajo á los de Luisa.*)

*Rob.* Si, amigo mio; he encontrado á mi muger, á mi hijo; y en cuanto á ella, (*Por Gabriela.*) que siempre ha sido digna de ti,



yo te haré ver tan claro como la luz que...

*Enr.* No, tío mio, no quiero ver nada.

*Gab.* Enhorabuena, caballero; esa palabra me reconcilia con usted, á pesar de su desconfianza.

*Enr.* Ya no tengo ninguna: me caso á ojos cerrados.

*Rob.* Y yo tambien. (*Besando la mano á Luisa.*) Y sabed, jóvenes, que... (*Acercándose al público como para decir la moraleja.*) que... vamos á almorzar. (*Volviéndose á los otros con intencion.*)

**FIN.**

*Se vende en la librería de Escamilla, calle de Carretas, donde se encuentran las nuevas publicaciones siguientes.*



Coleccion de novelas históricas originales españolas: 29 tomos, á 8 rs. cada uno en rústica y 10 en pasta.

Fíguro: coleccion de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres, por Don Mariano José de Larra: tres tomos, su precio á 42 rs. en rústica y 48 en pasta.

Panorama matritense: cuadros de costumbres de la capital, observados y descritos por un Curioso Parlante: dos tomos en 8.º marquilla con cuatro bellas láminas, su precio 40 rs. en rústica y 46 en pasta.

Coleccion de comedias del teatro moderno, cuyos títulos espresan los catálogos que se dan gratis en la indicada librería á los sugetos que gusten adquirirlos.

Sátiras de Fíguro y de varios autores.

Derecho Real de España por Alvarez, dos tomos en 4.º á 44 rs. en rústica, 52 en pasta, y 46 en un tomo tambien en pasta.

DICCIONARIO

DE

MODISMOS

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

